

MÁGICOS MISTERIOS EN CHASSBURGO

LA VOZ DENTRO DE LA PARED

Llanos Campos



Ilustraciones de María Simavilla


sm



fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: junio de 2020

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Edición ejecutiva: Berta Márquez
Coordinación de diseño: Marta Mesa
Corrección: Francisco José Carvajal

- © del texto: Llanos Campos, 2020
- © de las ilustraciones: María Simavilla, 2020
- © Ediciones SM, 2020

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-529-3

Depósito legal: M-7474-2020

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Vera, Clau, Laia y MiniTrinche.



TICKET
TICKET

CAPÍTULO 1



Cuando todo esto comenzó, allá por 1910, el joven Héctor tenía solo doce años. Había nacido en Chassburgo, una ciudad llena de vida, bulliciosa y animada a pesar de no encontrarse en ninguna de las rutas importantes del comercio ni del turismo. Nadie allí podía sospechar que ese muchacho enclenque se convertiría en el mago más grande que ha existido: el Fabuloso Héctor Barona, que un día asombraría al mundo con sus números imposibles de escapismo, escamoteo y prestidigitación.

Las dos carreteras estrechas y sinuosas que llegaban a la villa atravesaban el casco urbano de oeste a este y se detenían justo al llegar a la playa, que era pequeña, escarpada, pedregosa y recortada al norte y al sur por inmensos acantilados que se internaban en el mar.

En Chassburgo había en aquellos días una sola cosa de casi todo: una panadería, una ferretería, un colegio, una tienda de telas, una de ultramarinos, una herrería, un

museo, un café, una biblioteca, un hotel con restaurante, una fábrica y una sola estatua: la de la «Bicha», que apareció por sorpresa en una excavación a las afueras de la ciudad. Cuando la encontraron pensaron que era un toro, porque salió de culo. Y no les faltaba razón; pero cuando sacaron la cabeza, vieron que era la de un señor con barba. Así que, incapaces de decidir si era un toro con cabeza de hombre o un hombre con cuerpo de toro, lo llamaron «la Bicha» y así la conoció desde entonces todo el mundo. Mientras la original fue colocada en el museo, una réplica en bronce presidió desde su hallazgo el Parque del Altozano.

La ciudad se había dedicado durante años a producir farolas de gas de carbón y quinqués de parafina, muy apreciados incluso en la lejana Londres. Pero la llegada imparable de la electricidad había hecho que la fábrica tuviera que reconvertirse y comenzar a elaborar también bombillas de filamento para las nuevas lámparas que se enchufaban a la pared.



Era un día fresquito de marzo que había comenzado como otro cualquiera. El lechero, venido directamente desde su granja, recorría las calles con su carro de mulas, cambiando en cada puerta las botellas vacías por otras llenas de leche; Paciencia, la panadera, se marchaba a su casa después de toda la noche horneando pan, tortas

de manteca y bollos, y los obreros de la fábrica ya se encaminaban hacia el trabajo charlando animadamente entre ellos.

Comenzaba también el bullicio en el Mercado Central, un edificio de dos plantas que daba a dos calles, con sus puestos encalados en blanco y sus mostradores de mármol y madera. Fuera de él, en la Plaza Mayor, varias casetas y puestos ambulantes también se preparaban para vender a los primeros clientes fruta, sardinas saladas, huevos, encurtidos, juguetes, melones o zapatos. A un lado del mercado, una empinada cuesta llevaba al barrio más humilde de Chassburgo: el Alto de la Villa.

Por las calles del centro, de empedrado brillante por el rocío, ya circulaban a esa hora algunos coches de caballos. Desde hacía un tiempo compartían la calzada con los nuevos vehículos automóviles, que se habían abierto paso, ruidosos y rápidos, entre el tráfico de la ciudad.

A esa temprana hora, sentada en un banco del Altozano al lado de la estatua de la Bicha, una niña llamada Valentina dibujaba en su cuaderno los últimos trazos de un petirrojo.

Valentina tenía diez años, los ojos marrones, el pelo castaño recogido en una coleta y un vestido verde bajo el guardapolvo a rayas azules y blancas del colegio. Esa mañana se había levantado un poco antes que de costumbre para poder hacer justo lo que estaba haciendo. Últimamente le había dado por dibujar pájaros; como el año

pasado le había dado por recoger y clasificar plantas, o el anterior por aprender a tocar la gaita. Valentina no sabía estarse quieta.

Nadie hubiera dicho que algo tan inocente como una niña dibujando en un parque sería el inicio de todo lo que vendría después, pero no cabe duda que así fue. Ya lo dice la teoría del efecto mariposa: «Una mariposa batiendo las alas en Hong Kong puede provocar una tormenta en Nueva York».

Pues no fue una mariposa, sino un pequeño pájaro, lo que desencadenó esta mágica historia de amistad, misterio y aventuras. No parece mucho, ¿verdad? Pues pronto veréis la que puede organizar un simple animalito al decidir posarse en ese banco, junto a Valentina, en vez de hacerlo en algún árbol o en la cabeza de la Bicha, por ejemplo.

Al verlo, la niña se quedó muy quieta para no espantarlo. Jamás había visto un pájaro así: era marrón, con la parte superior de las alas verde, y sobre la cabeza llevaba un fino penacho negro como peinado hacia atrás.

Rápidamente, la niña cambió la hoja de su cuaderno y comenzó a plasmarlo en un boceto rápido antes de que el ave echase a volar. Cuando el pájaro se marchó, Valentina tenía lo suficiente sobre el papel para poder terminarlo más tarde; el bichito había sido muy considerado.

Con la satisfacción de haber descubierto algo nuevo (no había nada que a Valentina le gustase más), cerró



su cuaderno y suspiró contenta. Frente a ella, los niños más madrugadores se encaminaban al colegio. Vio pasar a Marina, hija de Eulalia Velarde, la encargada del Museo, que iba a su misma clase. La seguía su perrito Chéster, que la acompañaba todos los días hasta la puerta y luego la iba a buscar. También vio a Fidel y a Manuel, los terribles gemelos hijos del herrero, rubios y pecosos, que asistían a la clase de la señorita Rosario. Tras ellos, Antonio, su compañero de pupitre, la saludó con la mano desde lejos. Después apareció Rosario Carretero, hija de los dueños de la Fábrica; su Nanny tiraba de ella hacia el colegio mientras la pobre niña apenas podía tenerse en pie, del sueño que tenía.

Entonces Valentina oyó risas, y por la acera de enfrente vio aparecer varios chicos mayores. Tres de ellos daban saltos alrededor de un cuarto, el Chistera (así lo llamaba todo el mundo), un niño flaco, alto, rubio y desgarbado que siempre, ya fuera verano o invierno, iba con un viejo sombrero de copa a todas partes. Como casi cada día, los otros chicos se lo tiraron al suelo varias veces, y él, sin decir nada, lo recogió y se lo volvió a poner otras tantas. Valentina reconoció en el trío a Fermín Blanco, hijo del dueño de la tienda de telas; otro era Domingo, hermano de Rosario la somnolienta, y el tercero no sabía quién era.

Entonces apareció otro niño, vestido con una larga camisola azul y unos pantalones del mismo color, que

caminaba directamente hacia ella. Era moreno, con el pelo liso y muy corto, y aún conservaba en las mejillas y la nariz el rojo del frío y el sol del Himalaya, donde había nacido. En cuanto lo vio, Valentina se levantó y fue a su encuentro.

–¿Qué pasa, Tashi? –preguntó extrañada.

Él extendió hacia ella una bolsa de tela.

–Te has dejado el almuerzo.

–¡Vaya! –respondió Valentina–. Siento haberte hecho venir.

–No pasa nada.

Ella recogió la bolsa, y él se dio media vuelta y se marchó por donde había venido sin decir ni media palabra más.

Valentina se quedó un rato mirándolo; Tashi sí que era un niño raro. Ni bueno ni malo, solo raro. Llevaba viviendo en su casa más de un año y hablaba más bien poco. Era hijo de un gran amigo del padre de Valentina: Hari, un sherpa del Tíbet.

El padre de Valentina era explorador y aventurero. Se llamaba Humberto Garanda, aunque en casa lo llamaban simplemente Hum. Recorría el mundo buscando ciudades perdidas, tribus remotas y cosas así. Todos sus descubrimientos los recogía en libros que después se estudiaban en muchas universidades. En uno de esos viajes había conocido a Hari, y ambos se hicieron grandes amigos. Hum no se cansaba de contar cómo, casi sin conocerle, Hari le había salvado la vida durante una terrible tor-

menta en el monte Pumori, allá entre el Tíbet y Nepal. Esa experiencia los unió para siempre, y desde ese día el sherpa lo acompañó en numerosas aventuras. Por ese motivo, cuando la esposa de Hari murió de unas fiebres, Humberto lo convenció para que viniese con su hijo Tashi a vivir a su casa.

Tanto a Hari como a Tashi les costó lo suyo acostumbrarse a la vida en Europa. Los tibetanos son en su mayoría nómadas, y eso de estar todo el rato en el mismo sitio los ponía nerviosos. Hari y Hum trabajaban incansablemente preparando sus expediciones, y desde su traslado a Chassburgo, el sherpa había seguido al padre de Valentina en todas ellas a cualquier lugar del mundo.

Tashi se quedaba con Valentina y con su madre, Enriqueta. Y aunque las dos hacían lo posible porque el niño se encontrase a gusto, Tashi era de pocas palabras. Se pasaba el día leyendo y saliendo solo a pasear por las afueras de Chassburgo. Muchas veces, cuando la pobre Enriqueta ya se preocupaba porque el niño llevaba fuera varias horas, lo habían encontrado en la playa, sentado mirando al mar. Después volvía a la casa y no explicaba nada. No sabía Valentina si es que Tashi estaba triste, si echaba de menos su tierra o si simplemente no le caía bien, porque, aunque era educado y jamás le dio una mala contestación, parecía ignorarla por completo.

Tashi no iba al colegio. Cuando se lo plantearon, él señaló la biblioteca de la casa y dijo que primero quería

leerse todos aquellos libros para no llegar a clase sin saber nada. Y vaya si lo hizo... Al principio le costó lo suyo porque no conocía muy bien el español, pero enseguida cogió carrerilla y leía con una voracidad pasmosa. Valentina pensaba que, cuando al fin fuese a clase, los profesores ya no tendrían nada que enseñarle.

Respecto a la madre de Valentina, no era una mujer de las que se estilaban en la época, que en su mayoría eran amas de casa y punto. Más bien todo lo contrario: Enriqueta era una inventora incansable. Tenía en el sótano de la casa familiar un taller con los últimos avances en maquinaria y materiales, y las paredes empapeladas con miles de bocetos de artilugios de lo más variado. Ni que decir tiene que la familia (contando ya en ella a Hari y Tashi) era su campo de pruebas.

Enriqueta era alta y muy delgada, con el pelo castaño, los ojos oscuros y una energía inagotable. Debido a las incontables horas que empleaba en sus inventos, muchas de sus amigas le insistían en que contratara servicio para la casa, pero ella siempre respondía que los Garanda nunca encargaban a otros lo que ellos mismos podían hacer. Así, la casa de Valentina era prácticamente la única de Chassburgo en la que todo el mundo limpiaba, lavaba, cocinaba o podaba rosales. Solo en contadas ocasiones (limpiezas generales o fiestas varias) se contrataba ayuda, que siempre eran Patro y Blas, un matrimonio más que acostumbrado a las excentricidades de la familia.

Todo el mundo en Chassburgo sabía también que en casa de los Garanda no se aburría uno nunca, porque todo estaba lleno de enrevesados mecanismos que te abrían las puertas, te cepillaban los zapatos al salir o te pasaban las hojas de los libros si estabas comiendo mientras leías.

Fue muy comentada una cena de gala que Humberto y Enriqueta celebraron para sus vecinos. La velada comenzó con un elegante cóctel en el jardín, y todo el mundo estuvo encantado... hasta que pasaron a la mesa; ahí la cosa cambió dramáticamente para los invitados. Desde el primer plato, cada vez que los comensales tomaban una cucharada de comida, unas pinzas mecánicas salían de debajo de la mesa sosteniendo una servilleta de fino hilo egipcio, y les limpiaban la boca con tanta dedicación que a las damas pronto se les extendieron el pintalabios y el colorete por toda la cara, y más de un caballero perdió los pelos del bigote entre gritos de dolor.

Ni que decir tiene que nadie llegó al segundo plato. Los primeros en marcharse se disculparon con alguna excusa estúpida, pero los últimos salieron de la casa sin preocuparse ni siquiera por quedar bien, espantados, depilados y nerviosos. Hum trató de disculparse a la puerta de la casa y, cuando todos se hubieron marchado, entró de nuevo al comedor. Allí, Enriqueta trasteaba debajo de la mesa con su cinturón de herramientas ajustando el «Mayordomo», como ella llamaba al invento; la

criada, la pobre Patro, corría de un lado a otro del comedor, con las manos sobre la cabeza; en un rincón, Hari y su hijo trataban de disimular la risa, y Valentina rodaba por el suelo en medio de grandes carcajadas. Fuera, Blas el mozo, vestido con sus mejores galas para la ocasión, trataba de que la estampida de invitados no machacara los rosales.

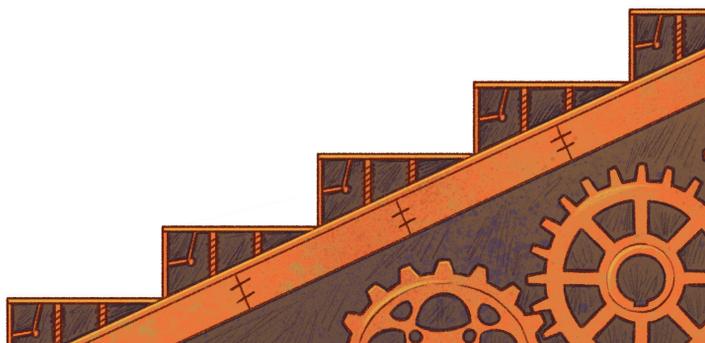
Mucho más famoso y celebrado fue el invento de las escaleras interiores que llevaban al segundo piso de la casa. Enriqueta tardó casi dos meses en llevarlo a cabo, y durante ese tiempo todos tuvieron que subir a sus habitaciones usando cuerdas de escalada. Suerte que en eso Hari era un experto, y colocó un sistema de dobles poleas con el que apenas era necesario hacer fuerza para subir. En casa de los Garanda nadie se quejaba de los avances de la ciencia y la mecánica, por molestos que fueran los preparativos o absurdos los resultados.

El día de la inauguración del Flis-Flas (así se llamaba el invento), medio barrio abarrotaba la entrada de la casa y la calle Ancha. Ante decenas de ojos estupefactos, la madre de Valentina presentó a gritos su nueva invención, como el jefe de pista de un circo. A simple vista no parecía sino una escalera normal y corriente; pero cuando Enriqueta se acercó a la pared y, con una sola mano, agarró un aplique con dos bombillas y tiró de él hacia abajo, los escalones se plegaron para componer una rampa perfecta, como un tobogán de madera de roble.

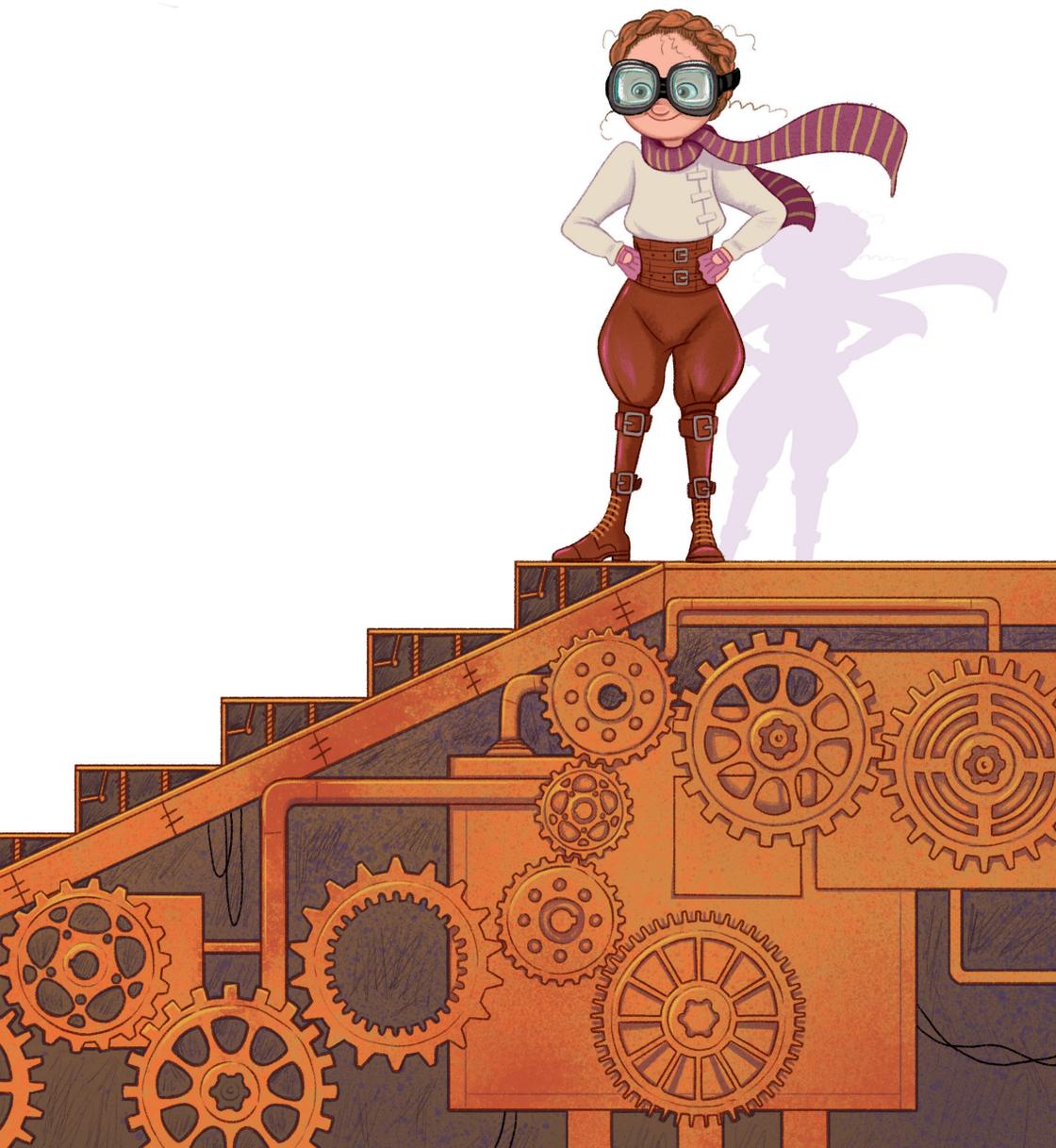
En lo alto de la escalera, Valentina, con unas gafas de aviador, un pantalón de cuero, una camisa blanca y el pelo recogido en una trenza, levantó los brazos saludando al respetable y se tiró por la rampa hasta caer de pie limpiamente frente a la boquiabierta audiencia. Entonces saludó, y todos los niños asistentes comenzaron a saltar y a gritar: «¡Ahora yo! ¡Ahora yo!».

Con un limpio movimiento del aplique, los escalones volvieron a aparecer y varios niños se apresuraron para llegar arriba los primeros. Cuando más o menos doce estaban arriba, Enriqueta volvió a accionar el tobogán. Los niños se empujaban, excitados, y Hari tuvo que poner orden para evitar que hubiera chichones o descabros aun antes de bajar por la rampa. Después, uno a uno, se lanzaron tobogán abajo con cara de velocidad. Y aunque alguno de los más pequeños, debido al poco peso, cayó de boca al llegar a la entrada, nadie se quejó ni lloró, sino que querían volver a tirarse inmediatamente.

Los días siguientes, la casa de Valentina fue la más popular de Chassburgo. Salvo a las horas de colegio, estaba siempre llena de niños gritones (escalera arriba, tobogán abajo), aunque eso no molestaba a los Garanda, que lo tomaban como el precio del avance de la ciencia.



Pero este divertidísimo invento no duró mucho. Después de un par de meses, y antes de que Enriqueta pudiera pensar en sus posibles aplicaciones prácticas, a fuerza de accionarlo tantas y tantas veces, el mecanismo comenzó a aflojarse. Así que una mañana temprano, y sin que na-



die tocase el aplique de la pared, las escaleras desaparecieron de repente bajo los pies en pantuflas de Humberto, que, con el periódico en una mano y una humeante taza de café con leche en la otra, comenzó a deslizarse a toda velocidad desde el piso superior hacia la puerta de la calle que, frente a él, estaba preocupantemente cerrada. Así, tieso como una vela y en difícil equilibrio, llegó al descansillo y se estampó contra la madera con un estruendo que sacó a todos los demás de la cama. Cuando llegaron abajo, Hum tenía la nariz rota, el batín lleno de café con leche casi hirviendo y el periódico esparcido por toda la entrada.

Este «fallo» se repitió en días sucesivos con Hari, con Enriqueta y con un pobre deshollinador, que ya casi había llegado al segundo piso cuando los escalones desaparecieron de nuevo y cayó de boca mientras volvía abajo sin entender cómo. Así que no hubo más remedio que condenar el invento y dejar las escaleras fijas, para disgusto de los niños de Chassburgo.

Nada de esto, por supuesto, desanimaba a Enriqueta; si se envalentonaba con los éxitos de sus inventos, lo hacía aún más con los fracasos, que tomaba siempre como un reto a su ingenio.



Valentina pasó esa mañana en la escuela, como siempre. Y al salir, entre las matemáticas y la lengua, ya casi no se acordaba del extraño pájaro que había visto en el

Altozano. Pero esa noche, en la cama, al revisar sus bocetos lo vio de nuevo, y le entró la irresistible curiosidad de saber cómo se llamaba esa ave de penacho negro y delicado.

Sabía que eso no la dejaría dormir, así que se levantó en camisón, se puso las zapatillas y tomó el quinqué de su mesita de noche. Fue a la biblioteca y buscó en la colección de ornitología; allí estaban el tomo de África y el de Asia, pero no el de Europa.

Solo había otro lugar en el que el libro pudiera estar: el despacho del padre de Valentina. Mal asunto; de sobra sabía ella que tenía prohibido entrar allí mientras Hum no estuviera presente. El problema era que su padre estaba con Hari en América del Sur, tratando de encontrar la mítica ciudad de El Dorado, y aún tardarían en volver.

Valentina sopesó los pros y los contras de desobedecer esa orden. No le gustaba saltarse las normas de la casa (que tampoco eran muchas, la verdad); pero la curiosidad la acuciaba, y tampoco creyó que entrar unos segundos, tomar el libro de ornitología y salir pudiera resultar en ningún desastre.

Bueno, afortunadamente, Valentina se equivocó.

